LO PRIMERO QUE UNO ESCRIBE

por

Macario Polo Usaola

COLUMNA DEL LUNES 7 DE ABRIL.

Mi hermano Gonzalo ha muerto hace un mes y, ahora que el dolor de su pérdida va mitigándose con el tiempo (como, por desgracia, no podía ser de otra manera), me decido por fin a confesar la mentira que ambos hemos ocultado durante todo este tiempo.

Todo empezó en un lejano febrero de hace casi treinta años. Una asociación cultural de mi ciudad natal y de juventud, que no es ésta enorme e impersonal en la que ahora vivo y desde la que esto escribo, convocó un certamen de literatura con modalidades prosa y poesía para jóvenes escritores de dieciséis a veinticinco años, ambos inclusive. Me quedaban a mí unos meses para los veinticuatro y estaba, por tanto, en los límites señalados en las bases. Carecía, sin embargo, de inquietud alguna por la escritura o por otra actividad cultural de mayor índole que acudir al cine muy de cuando en cuando. No así Gonzalo, que al poco de aprender a escribir llenó unas cuartillas con el que sería su primer cuento. Además, para la época en que vio publicada la convocatoria, superaba ya en varios meses los veintiséis. Conque unos días después de que cayera en sus manos el tercer número de la revista que publicaba la asociación y de que leyera la convocatoria del certamen, me propuso presentar uno de sus mejores cuentos, escondiendo su identidad debajo de la mía. <<Si gano>>, me dijo, <<repartiremos al cincuenta por ciento>>.

(Continúa mañana, que hoy se me acaba el espacio).

COLUMNA DEL MARTES 8 DE ABRIL.

Y el caso es que ganó, o ganamos, y un día de mayo me acompañó él a un acto a recoger el premio, consistente en unas cuantas pesetas en metálico y un hueco semanal a la disposición de mi pluma, que era la pluma de Gonzalo, en el diario local, parte ésta del premio improvisada por el director del periódico durante el acto de entrega, que actuaba como vocal en el jurado. Al día siguiente salí fotografiado en las páginas locales y, quince días más tarde, llevé al director un folio con mi primer artículo, íntegro producto de la creatividad de mi hermano, pero firmado con mi nombre.

El cuarto artículo, que en un principio iba a ser el último, no lo fue, porque el director se sentía satisfecho con mi trabajo y me llamó a casa para ofrecerme un contrato de tres meses. Yo acepté, claro, y Gonzalo también, y casi tácitamente y con complicidad acordamos seguir a medias durante aquel tiempo.

Tras estos tres meses vinieron tres años, y el recuadro inicial se transformó en una columna de más capacidad. Además, en aquel periodo vino también una novela que yo no escribí pero que sí firmé y que la Diputación nos publicó. Se me hizo para entonces alguna entrevista incluso en la radio, en la que hablé de mi libro y de la serie de suertes que me habían conducido a ella (todas falsas, por supuesto), y hasta se hizo al año una segunda edición de ella con encuadernación en piel y letras de la portada en "símil oro", que el organismo editor ubicó en la colección "Autores contemporáneos de nuestra tierra".

Dos años después vino otro libro que ganó un premio, de ámbito nacional en esta ocasión, y, además del montante y del prestigio que este galardón suponía, la editorial convocante me/nos pagó una cantidad no despreciable por cederle los derechos de publicación de la primera obra. Todavía, Gonzalo y yo seguíamos al cincuenta por ciento.

(Continúa mañana).

COLUMNA DEL MIÉRCOLES 9 DE ABRIL.

Gonzalo escribió también algún que otro ensayo de cien páginas en quince días que me dio bastante éxito, y unos años después tuvimos que trasladarnos a vivir a Madrid, cada uno a una casa distinta, para hacer frente a la interesante oferta de un importante diario, que me ofreció una buena cantidad mensual por un pedazo rectangular que empezaba en el encabezado de la última página y terminaba algo más arriba de su pie. Además, continuaba con mi espacio fijo dominical en el diario que me sacó a la fama.

Por aquel entonces, y por cualquier entonces anterior o posterior, yo no trabajaba: sólo Gonzalo, que pasaba en su casa todo el día escribiendo el artículo diario, la colaboración semanal, los ensayos, la novela de turno e incluso una pieza dramática de teatro que años después estuvo nueve meses en la cartelera del teatro Apolo.

Todos los días, Gonzalo se acercaba por mi casa o, si no, quedábamos en una cafetería, para acercarme el escrito correspondiente, que luego yo me encargaba de hacer llegar al editor de alguna manera. Desde hace unos años, afortunadamente, usamos el fax.

Vivía bien. Me levantaba tarde casi a diario, era un hombre bien considerado, con prestigio, y se me invitaba a fiestas y acontecimientos de lo que llaman "el mundo de la cultura". Hice algunas presentaciones de libros que me preparaba Gonzalo, que se leía la obra en cuestión y me la contaba y explicaba y me la resumía. Pero nunca mi buen hermano me protestó. Alguna vez que lo vi agobiado por el trabajo estuve por intentar darle un consuelo ofreciéndole una distribución de beneficios distinta a la mantenida hasta la fecha, digamos que un 60/40, pero en el último momento me echaba para atrás porque tampoco creía que eso fuera una solución para él, y además jamás en la vida él me planteó algo semejante, ni lo vi resentido por mi comportamiento, tal vez egoísta, ni nunca le escuché ni percibí de otra manera queja alguna en este sentido.

(Continúa mañana).

COLUMNA DEL JUEVES 10 DE ABRIL

Antes al contrario, en los pocos comentarios que de su trabajo me hacía en nuestra cita diaria, hablaba de “nosotros” para referirse a los autores, cuando yo nunca le había sugerido cambio o enmendado palabra alguna en ninguna clase de texto. Aunque me avergüence, confesaré que sí habrá un veinte por ciento de sus artículos de los que no he leído ni una sola palabra, y que tampoco he sido capaz de leer de cabo a rabo ninguna de sus obras, aunque conozco con relativa profundidad el argumento y ciertos detalles más o menos técnicos (en cuanto a utilización de metáforas, recursos, etcétera) de todas ellas.

Y ¿por qué cuento hoy todo esto en esta mi columna? Pues porque en estas cuatro semanas transcurridas desde que Gonzalo se despidió de este mundo, he agotado las veinte columnas de temas generales y sin actualidad que, previsoramente, mi hermano me entregó en una carpeta el día que su amor fraterno le hizo pensar que la circunstancia que ahora vivo podría producirse algún día. Yo también le di permiso para ocultar mi muerte durante un mes si ésta hubiera tenido lugar antes que la suya, y le entregué, aquel mismo día, una carta manuscrita en la que informaba a mi editor de que me ausentaría durante un mes, motivo por el cual le adjuntaba las veinte columnas correspondientes a las cuatro semanas.

Pienso, entonces, que es de justicia utilizar hoy por última vez este espacio, que es realmente de Gonzalo, para rendir homenaje a tan gran escritor y pedir perdón a sus/mis lectores, por el largo engaño al que ambos les hemos sometido durante todos estos años.

En fin, amigos, de ustedes se despide, desde hoy y para siempre, este innoble columnista, fijo en la plantilla de este diario desde hace más de un lustro, del que acaban de leer su primera y última columna. Créanlo, créanme, que ya mañana esta serie no continúa.

COLUMNA DEL LUNES 14 DE ABRIL.

El viernes mi columna no salió, y el jueves anduve por ahí perdido, y a la vuelta, por la noche, me encontré extrañado varios mensajes del director del periódico en mi contestador: que no había llegado el fax con mi columna del día siguiente y que le llamara; que me diera prisa, que en la rotativa estaban esperando la llegada de mi escrito; que "si estás ahí coge el teléfono", dejó dicho gritando en su tercera llamada. El viernes lo llamé de mañana, y no me creyó cuando le expliqué que había contado la verdad de mi vida en mis colaboraciones de la semana anterior.

Ayer domingo, que es hoy, pues los columnistas escribimos siempre "ayer" lo que ustedes leen "hoy", me llamó y me sorprendió al decirme que el viernes habían comprado el periódico cincuenta mil personas más que el lunes, y que cientos de lectores llamaron a las oficinas preguntando la razón de que mi columna no apareciera. Me leyó también alguna carta y me mencionó varios telegramas de personas que me felicitaban porque había conseguido que compraran el periódico el martes no por el suplemento de Motor, sino por ver cómo continuaba explicando los hilvanes de mi mentira.

Total, que nadie cree que haya sido la semana pasada la vez primera que he utilizado el medio que lleva años a mi disposición, publicando con mi nombre cosas que yo nunca he dicho y opiniones que a lo mejor no comparto. Todos piensan que es Gonzalo (o sea, yo), el que sigue escribiendo, y además me/le felicitan por hacerlo cada día mejor. Deduzco entonces que se han interpretado mis únicos y últimos artículos como una historieta de ficción, y tal vez la gente piense que es falso el fallecimiento de mi hermano o incluso que Gonzalo nunca existió, aunque estos extremos podrían confirmarse sin más que ver la sección de esquelas de este periódico de hace algo más de treinta días.

Pero bueno, que nadie me crea tiene también su parte buena, pues puedo ahora cambiar de opinión y escribir aquí que sí, que aunque Gonzalo realmente murió, he sido yo siempre el que ha ocupado en la prensa espacios como éste, y aprovechar su audiencia para seguir yo con la carrera que él se ha encargado de construirme durante toda la vida. Sí, creo que es buena idea, y así lo haré, por lo que les emplazo a ustedes a vernos aquí de nuevo mañana mismo, martes, quince de abril.

FIN